

DE DON AUGUSTO ORREGO LUCO

(Acápites de una brillante disertación del doctor don Augusto Orrego Luco, sobre la personalidad literaria de doña Rosario Orrego de Uribe. En Playa-Ancha (Valparaíso), en el Centro Escolar "Rosario Orrego", en la conmemoración del aniversario de la "Ley de Instrucción Pública. — ("La Unión", 27 de agosto de 1922).

Decía Goethe que para comprender a un poeta era necesario conocer su tierra, y podría haber agregado que era también necesario conocer su tiempo, porque la tierra, el cielo, la atmósfera moral, el cosmos—como decían los antiguos—imprimen su sello en el alma en formación, le dan una dirección a las ideas y una coloración a las pasiones.

Uds. saben que en la historia del arte hay períodos brillantes y períodos oscuros, tiempos espléndidos en que todo es luminoso y tiempos sombríos en que todo se obscurece. Esa es el alma de cada época que se re-

fleja en todas las manifestaciones de la vida, siguiendo la suprema ley de la armonía universal.

Uds. ven resaltar esa ley de la suprema armonía—tan triste para nosotros—comparando la época en que se formó doña Rosario Orrego, y los tiempos que ahora atravesamos.

Vivíamos entonces en la hermosa medianía del siglo pasado, en un período romántico, soñador y generoso, en que resonaban las *Armonías* de Lamartine, las *Odas* de Víctor Hugo, y los *Lamentos* de Musset, en que Augusto Comte hizo brotar aquella palabra magnífica: el *altruismo*, hermosos tiempos en que flotaba en el aire el perfume de una melancolía suave y soñadora, tiempos de los sentimientos delicados, de la música melodiosa. El baile de ese tiempo eran las cuadrillas ceremoniosas, lentas y llenas de respeto y los valeses suaves, de voluptuosas y ondeantes languideces.

Ahora son los tiempos del "sport", de la fuerza y la violencia, todo debe ser rápido y ruidoso; se pasea en automóvil con una velocidad vertiginosa; la música persigue las estrepitosas armonías wagnerianas; el teatro sentimental ha sido reemplazado por las escenas violentas y grotescas de los cinematógrafos, y vemos bailar en los salones el shimmy, el fox-trot, el cake-

walt, bailes de compases violentos en que desaparece la gracia delicada y asoma cierto grosero sensualismo.

Ese mismo contraste lo encontramos en todas las manifestaciones de la vida intelectual y, sobre todo, en la poesía, que es la más sensible y más viva de todas las manifestaciones del espíritu.

Esa atmósfera social nos da la clave de la poesía delicada y soñadora, de una vaga melancolía y de una indefinida y ardiente aspiración, que brotará más tarde de la lira de la inspirada poetisa.

Esa fué su época; su tierra fué Copiapó. Ahí nació. Esa fué la tierra de sus primeros años y de sus primeras impresiones, y ella misma nos ha dejado una pintoresca y hermosa descripción de esa comarca.

Ese paisaje de desierto y de montaña, caldeado por el sol, en que el lirio blanco y puro esparce su escaso aroma y los *chañares* solitarios y desnudos se extienden la pobre sombra de palmero; esa tierra árida y triste nos trae a la memoria una tierra lejana: la tierra de Júdeá, también de desierto y de montaña, en que crece el lirio y se levanta la palmera. Esa tierra sin alegría, dura, triste, ha formado el alma del pueblo que nació en su seno. La diferencia profunda que separa la Grecia y la Judea decía Heine, es que los griegos ponen su espíritu en la vida y los judíos

ponen su vida en el espíritu. Heine tiene razón. Los que se ven rodeados de una naturaleza triste, en medio de su magnificencia, de un espectáculo que sólo despierta ideas melancólicas, se concentran dentro de sí mismos, se encierran en la vida interior.

Esa contemplación de sus propias emociones, de sus sueños, de su vida interior, es el elemento nuevo que esa joven poetisa va a agregar a los que había recibido de su tiempo.

Ciertamente, su espíritu se desarrolla en la atmósfera tranquila y enervante de la vida de provincia. Sigue el camino enriado, monótono, uniforme, por donde van las generaciones unas detrás de otras. Va a la escuela, va a la iglesia, se casa y principia a formar una familia.

Un día, en 1858, sintió ella el deseo irresistible de escribir, de dar expansión a sentimientos que ya no podía contener. Escribió sus primeros versos y los mandó a *La Semana*, que Justo y Domingo Arteaga Alem parte publicaban en Santiago. Firmó la composición con seudónimo de "Una Madre".

El secreto fué bien guardado. Nadie sospechaba

quién era la autora de esos versos, y menos que los demás que estaban cerca de ella.

“—Yo pude estimar en lo poco que valían esos pobres versos, porque los oí criticar en mi presencia. Era una satisfacción con que yo no contaba cuando los firmé con un seudónimo”, — me decía un día en que recordaba conmigo sus primeros trabajos.

Alentada por la acogida favorable de esos versos, continuó escribiendo sin salir de su reserva y su secreto.

Guardó su incógnito hasta 1872; entonces por primera vez firmó con su nombre una composición en la “Revista de Santiago”, que yo dirigía junto con Fañor Velasco.

Hay entre las composiciones suyas que nosotros publicamos dos singularmente interesantes, porque en una de ellas creemos sentir la influencia de su tiempo y en otra la influencia de su tierra.

En la primera de esas composiciones, después de pintarle la vida inquieta y azarosa de los que sacrifican las tranquilas y modestas realidades del hogar, persiguiendo sombras ilusorias.

En esos versos, de una conmovedora y noble sencillez se siente palpitar el alma romántica de su época, esa alma de suaves y adormecedoras languideces, en

que domina un fatalismo sombrío y resignado, en que se respira esa misteriosa voluptuosidad del desencanto. En esas poesías se sospecha siempre una confianza velada, un recuerdo que se desliza tristemente entre las sombras del pasado.

Esa poesía hermosa y noble va sin esfuerzo, suavemente, arrastrada por la ancha y armoniosa corriente de sus versos. Ahí no hay violencias del lenguaje, no hay estrépito en las frases; no hay todo ese ruido de sonoridades vacías con que en los períodos de decadencia literaria se fabrica la poesía artificial.

Pero en esos versos hay algo más que una hermosa lección de arte; hay también una profunda y delicada lección para la vida.

Ha hecho brillar delante de nosotros la gloria del arte en todo su esplendor, ha recordado a Safo, que, seguramente, habría dado toda su gloria por un poco de amor, porque dió toda su vida, toda su alma, por un poco de olvido.

Cuando vuelva a sonar en sus oídos la tentadora canción de las promesas, que las trata de apartar de ese camino noble y silencioso que las lleva hacia el hogar, para empujarlas por el sendero accidentado y peligroso que va a la plaza pública, recuerden lo que tan hermosamente la inspirada poetisa nos decía:

La musa de Lesbo te ofrece un ejemplo:
hubiera cambiado su lira por él,
por una cabaña los triunfos del templo,
por blancos azahares su sacro laurel.

Uds. que tienen el encanto soberano, Uds. que tienen el derecho supremo de inspirar el amor, no pierdan ese encanto, no cambien ese derecho que la Naturaleza les ha dado, por no sé qué derechos de fantasía que les ofrece un inteligente feminismo; no repitan la triste historia del grosero plato de lentejas.

La otra composición a que me he referido, en que se deja sentir la influencia de la tierra en el alma del poeta, es un canto a la Noche.

Esa venal profundamente religiosa, ese sombrío y ardiente misticismo, todo eso viene de la tierra, eso es el alma del *Semita*, del que ha nacido en la tierra árida y triste, del desierto y las montañas, en que brotan los lirios y crecen las palmeras.

En esa tierra de la vida interior, en que el desierto tiene como horizonte la montaña que sube hacia los cielos, en que las sombras de un eterno más allá lo envuelve todo, los sentimientos religiosos echen raíces muy profundas.

Es natural que donde se reproducen las condiciones materiales de la tierra, también su influencia mo-

ral se reproduzca y que las tierras de Judea y de Atacama desarrollan la misma influencia semita en los espíritus.

En una ocasión, hablando de doña Rosario Orrego, con uno de los más distinguidos escritores de Valparaíso, el señor Roberto Hernández, le decía que esta señora era de un trato amable y fácil, que no dejaba ni siquiera sospechar sus hábitos literarios y sus preocupaciones estudiosas. No hablaba nunca de sus versos, y ni siquiera hacía alusión a sus lecturas. Sólo cuando la interesaba vivamente algún libro de que oía hablar, solía manifestar el deseo de poderlo conocer.

Conversamos muchas veces en Santiago, a donde iba con frecuencia, y sólo recuerdo haberlo oído hablar de una escritora, de doña Mercedes Marín de Solar, con un vivo entusiasmo y una completa comprensión de la maestría literaria y el vuelo soberbio de nuestra gran poetisa.

Esa completa discreción, ese pudor literario le daban no sé qué atractivo interesante a su figura y una suprema distinción a esa reserva de que nunca se quiso desprender.

Pero fácilmente se comprende que en una sociedad curiosa y pequeña ese secreto no podía ser eterno.

Un rasgo más difícil de explicar en esa naturaleza, complicadas, es el amor apasionado por su patria en los que han nacido mirando las tristezas de esas comarcas desoladas. Los judíos viven diseminados por el mundo, no tienen patria, sólo conocen la tierra de sus padres en los paisajes de sus pintores y en los cantos de sus poetas. Esa visión al través de un arte emocionado podrá explicarnos el entusiasta amor de los judíos por esa tierra de tristezas. Pero así, en las soledades de Atacama arde abrasador el mismo sentimiento de la patria y acá no encuentra en el arte una clara explicación. Eso nos prueba que ese amor tiene un origen más profundo.

Pero sea de ello lo que fuera, el hecho es que un patriotismo ardiente es el noble patrimonio de los que han crecido en esas tierras.

Doña Rosario nos ha dejado hermosas pruebas de ese altivo y orgulloso sentimiento. Es sensible que no pueda ahora mostrarles ninguna de las composiciones en que vibraba con más fuerza la cuerda de trin-ar de las emociones formidables.

Pero aquí donde ella pasó su vida de escritora, donde derramó su poesía y recibió su inspiración, aquí no están sus versos en ninguna parte. No tengo a mano ninguna de sus composiciones patrióticas. Sólo tengo una nota aislada incidental, una composición que en pocos momentos más todos van a oír, en esta hermosa fiesta.

Es una composición a su hijo Luis, en que le dice:

¿Eres ya un hombre? En tu tostada frente
como alboreando el patriotismo está!
Ya brilla en tu pupila el fuego ardiente
del jefe osado, del marino audaz!...

Sigue, ingrátuelo, la brillante estrella
que al bravo guía al campo del honor;
más, mira la honra de la patria en ella...
que yo a mis solas oraré por dos.

Ahí tenemos de nuevo el alma del sonista, hecha de plegaria y patriotismo.

Desapareció de la vida en los momentos en que el esplendor del heroísmo envolvía a su hijo y en que la

gloria depositaba un beso sagrado sobre la frente de su Patria.

Desapareció en medio del esplendor de la gloria, dejándoles a las mujeres de Chile su hermoso recuerdo, la gloria de una de nuestras más grandes figuras literarias y un noble deber que quisiera incitarlas a cumplir.

Las poesías de doña Rosario Orrego no han sido nunca reunidas. ¿Por qué no las reúnen ustedes? ¿Por qué dejan caer en un olvido ingrato las flores más hermosas, más poéticas y más noblemente emocionadas que han brotado sobre el pecho de una mujer chilena?

¿Por qué dejan ustedes reclusas en las silenciosas y sombrías salas de un nuevo museo esta hermosa figura?

Las que han formado su alma en la escuela que se levanta a la sombra de su nombre, y los hijos de los marinos que junto con Uribe engrandecieron nuestra tierra y dieron más brillo a nuestra gloria, tienen el deber de recoger su recuerdo y ostentarlo con orgullo.

Más todavía, si ustedes mismas quieren tener un título de honor más adelante, levántense ahora a proclamar el mérito de la excelsa poetisa. Atravesamos

un período triste en la historia del arte entre nosotros. Un viento loco juega ahora con nuestro pobre criterio literario, y en estos momentos se oscurece el mérito del arte verdadero. No sólo se oscurece, se le niega en nombre de los cánones del arte nuevo.

No hay arte nuevo, no hay arte viejo, no hay más que un solo arte, que es eterno! Un arte que a veces se eclipsa pero que siempre vuelve.
